

MÉXICO EN POLONIA*

EL LIBRO DE TADEUSZ LEPKOWSKI, eminente historiador polaco, discípulo del recientemente desaparecido Witold Kula, se inscribe dentro del marco historiográfico de la síntesis histórica, no sólo porque ha sido publicado con esa orientación dentro de una serie preparada por una prestigiada editorial polaca, sino porque su enfoque cubre las principales tendencias evolutivas del “hombre mexicano”, desde la época prehistórica hasta el derrumbe psíquico-arquitectónico ocasionado por el terremoto de septiembre de 1985.

Desde hace casi treinta años, el profesor Lepkowski se dedica al estudio de América Latina en la Universidad de Varsovia y en la Academia de Ciencias, en donde ha formado un nutrido grupo de especialistas en este campo, cuyos frutos de trabajo se plasman regularmente en la revista *Estudios Latinoamericanos*. *Historia de México* representa la coronación de su larga investigación, apoyada en estudios *in situ* en tres ocasiones: 1967, 1976 y 1980. El libro se basa en una indagación de los archivos nacionales de Polonia y México, así como en los de París y Washington, además en una exhaustiva consulta biblio-hemerográfica sobre el tema.

Para comenzar, queremos hacer hincapié en que la *Historia de México* de T. Lepkowski es una obra de interpretación muy personal, que incorpora una investigación original del devenir histórico del pueblo mexicano. Consciente de la enorme dificultad de elaborar una síntesis histórica de México, Lepkowski parte de la concepción de que no existe una historia única, un camino recto, ascendente y uniforme de todas las actividades de lo que denomina el pueblo mexicano. Esta orientación teórica la anuncia ya en la “Introducción” y le sirve de directriz a lo largo del texto.

En contra de una visión unilateral del devenir histórico, Lepkowski se propone reconstruir y explicar la historia de México de manera integral, entrelazando los aspectos políticos, económicos, sociales y culturales y, al mismo tiempo, revalorando la enorme influencia que ha ejercido la topografía sobre la actividad huma-

* Tadeusz LEPKOWSKI, *Historia Meksyku*. Wrocław, Ossolineum, 1986, 511 pp.

na. Todo ello, tomando en cuenta la gran variedad geográfica que obliga a integrar la historia regional con sus múltiples e inconfundibles particularidades a la historia de todo el país. En este punto cabe aclarar que el autor está muy lejos de compartir una visión desintegrada, concibiendo a cada región, subregión o comunidad como una entidad cerrada, tal como suele ocurrir con algunos estudios antropológicos en los que predomina la pulverización y atomización territorial, social y cultural. Al revalorar la historia regional, el autor no olvida que en la historia de México coexisten dos niveles de integración social, y así lo dice *expressis verbis*: “La historia de México significa la unidad y la diversidad. La unidad es más bien oficial, mientras que la diversidad —el país, la gente y su historia— es real” (p. 14).

El eje unificador de la *Historia de México* de Lepkowski lo constituye el largo proceso de la formación de la mexicanidad que hace de su sustancia y de su manifestación un todo orgánico, inconfundible con otras historias nacionales. Para el autor, la mexicanidad la forma “una determinada cultura, costumbres y mentalidades, el moldeamiento y la transformación de su país por la gente, así como una comunidad regional y una nación entera, tan diferentes de las conocidas por los historiadores europeos. La mexicanidad incluye también al propio Estado que, gradual y paulatinamente, llegó a mexicanizarse, así como la forma de vivir y crear una original filosofía de vida” (p. 15). Lepkowski enfoca dicha problemática desde diferentes ángulos, desde el pasado más remoto al más reciente, desde el centro de la capital, a través de los ojos de los gobernantes, y desde la provincia, a partir de la percepción de “los de abajo”, según el título de la famosa novela de Azuela. La historia de la mexicanidad, así concebida, es el resultado de largos procesos sociales de carácter anónimo, es decir de la actuación de grandes grupos sociales sin rostro definido; pero también resulta de los acontecimientos: de las rupturas y de las acciones conscientes de los actores políticos, principalmente por parte de las élites del poder.

Concebida así la historia de México, Lepkowski relativiza la importancia de las “fechas memorables” y desecha en parte las tradicionales periodizaciones históricas, dado su escaso alcance explicativo. El autor defiende con ahínco la larga duración en el devenir de la mexicanidad cuando afirma: “Precisamente desde el punto de vista de la mexicanidad son mucho más importantes los periodos de entrelazamiento de diferentes estructuras que persisten varias décadas y aún más. Son ellos los que personifican la larga duración en el proceso de los cambios sociales. Abandonemos

los fetiches, alejémonos del análisis de las fechas-símbolos, ya que éstas sirven muy bien para ceremonias, para remembranzas de los aniversarios y sus celebraciones, pero se prestan mucho menos para entender la compleja realidad social” (pp. 15-16). Al seguir las vicisitudes de la formación de la mexicanidad, el autor rechaza las interpretaciones tradicionales de la historiografía nacional según las cuales ésta se consumó en la guerra de la independencia (lo cual sería la tesis oficial) o mucho más tarde (como lo sostenía, por ejemplo, Alfonso Caso), durante la revolución mexicana. Según Lepkowski, “La mexicanidad actual es el fruto de una evolución compleja y arrítmica de larga duración” (p. 483).

Para resaltar las diferencias con la historiografía tradicional mexicana, veamos más de cerca el análisis propuesto por Lepkowski de los llamados “momentos clave” en la historia del país. Para el autor, la guerra de independencia iniciada en 1810 es a la vez la culminación revolucionaria de la ilustración (en relación con los cuadros dirigentes de la conspiración antiespañola) y una rebelión popular preparada por las reformas borbónicas. De este modo, en ese proceso histórico confluyeron los diversos proyectos políticos y los intereses socioeconómicos de diferentes estratos sociales que imprimieron en él su sello al combinar diversos ritmos y expectativas sociales.

Según el autor, el programa independentista se había incubado lentamente, como lo comprueba el hecho de que éste no fue proclamado sino después de tres años de iniciada la lucha armada por el grupo de Hidalgo. Para Lepkowski, otro rasgo característico de la insurrección de 1810-1821, que la diferencia de otros movimientos independentistas de América Latina en el mismo periodo, es la participación masiva del campesinado y de los indios, hecho que, en gran medida, determinaría el curso posterior del moldeamiento de las políticas gubernamentales y de las relaciones sociales. Sin embargo, el autor llega a la conclusión de que la guerra de 1810-1821, pese a todas sus contradicciones y divisiones internas, tuvo una enorme importancia en la formación de la comunidad nacional mexicana ya que, prácticamente, unió al pueblo con innumerables vínculos de identidad. Fue a partir de este momento que se empezó a cristalizar la comunidad nacional sin determinarse aún en definitiva las características de su estructura estatal. En los decenios siguientes ésta tuvo que pasar duras pruebas, no exentas de profundas crisis, para poderse afianzar.

De modo mucho más complejo presenta el autor el entrecruzamiento de los múltiples factores que actuaron durante la revolución mexicana, y que la distinguen de otros movimientos revolu-

cionarios en el siglo XX. En primer lugar, emplea el término “revolución” para referirse a las profundas transformaciones en el plano político, social, económico, cultural y nacional en el periodo de 1910 a 1940, que considera propiamente revolucionario. En segundo lugar, diferencia claramente la revolución mexicana del modelo-esquema revolucionario francés o ruso, no sólo porque México incorporó durante su proceso los elementos de la continuación tanto como los de la discontinuidad de diferentes componentes históricos, sino porque el balance de todo este proceso lo vuelve original e inconfundible con otros movimientos revolucionarios.

Es bien cierto —dice Lepkowski— que la revolución mexicana se inició y terminó sobre todo como un movimiento político, que produjo un cambio en las estructuras del poder. Pero el autor señala que a lo largo de su proceso se ventilaron, incluso de manera violenta, distintos proyectos para construir el edificio estatal y sus formas de mediación social. Lepkowski constata también que en la Carta Magna de 1917, y más que nada, en sus enmiendas posteriores, se incorporaron tácitamente varias corrientes revolucionarias; en tanto que otras, derrotadas, quedaron en el olvido o fueron estigmatizadas como contrarrevolucionarias, como sucedió con el ideario de los cristeros. Al analizar el pensamiento sociopolítico de los militares cristeros, el autor no comparte la tesis oficial de que dicho movimiento puede catalogarse de contrarrevolucionario; para él, éste ostentó una visión distinta “al centralismo y la dictadura del Estado modernizador y laico, sin constituir un documento clerico-medieval, tal como lo quiso presentar la propaganda gubernamental” (p. 400). En defensa de esta revaloración, rescata los postulados del pluralismo de la vida política y la importancia de la cuestión municipal, aunándolos con la apreciación de una reforma agraria y los derechos civiles de valor universal, así como de la aceptación del principio de no reelección. Todo ello justifica para el autor el extender el periodo revolucionario hasta finales de los años treinta. En el plano político destaca la construcción definitiva del sistema político vigente hasta nuestros días, otorgando a la obra del presidente Cárdenas la virtud de haber logrado la consolidación de la institución del presidencialismo y la incorporación al Estado de las organizaciones de masas. Me parece pertinente reproducir la definición del historiador polaco del sistema político consolidado por Cárdenas, ya que toca el meollo del asunto, por encima de una glorificación barata o de una fácil condena: “Este sistema unificó el autoritarismo estatal con los elementos de la democracia directa (los mítines, marchas y manifes-

taciones) y con el populismo revolucionario, la omnipotencia presidencial con las poderosas organizaciones armadas de los obreros y los campesinos, el seudoparlamentarismo con la prensa libre, el nacionalismo con el antimperialismo” (p. 390).

Otra demostración de la visión globalizadora de la historia del autor, que excluye explicaciones esquemáticas y simplistas, es su interpretación de la revolución social en el mismo periodo. Ésta, dice Lepkowski, no debe reducirse sólo a las actuaciones de las masas populares *sensu stricto* (obreros, campesinos), de tipo reivindicativo en materia económica, social y política, ya que: “en la revolución también participó masivamente gente de las clases medias, sobre todo la pequeña burguesía, muchas veces junto con los campesinos y obreros. La revolución social constituye un teatro y una fiesta popular y, al mismo tiempo, un conflicto, una lucha de clases y una simple matanza sin sentido, una despiadada y sangrienta guerra civil” (p. 402). A lo largo de este periodo, Lepkowski encuentra suficientes casos de comprobación de cada una de las facetas de la revolución social. Y advierte —con razón— que dichas experiencias no pueden generalizarse para todo el país con la misma intensidad ni con el mismo ritmo, dadas las diversas etapas del proceso revolucionario. Al lado de la enorme movilización social, el ascenso de nuevos sectores, la revalorización del trabajo productivo, la ampliación de la conciencia política provocaban en este periodo violentos choques sociales que tardaron mucho en apaciguarse. En todo caso, el historiador polaco está consciente de la existencia en todo el periodo revolucionario de profundas tensiones sociales y discrepancias de intereses de estratos y grupos sociales, incluso dentro de la misma clase. Todo esto rompe el marco dicotómico de las clases poseedoras *versus* clases oprimidas, tantas veces explotado *ad nauseam* en los estudios sobre la revolución mexicana y otras.

El tercer nivel de análisis de la revolución mexicana, que incorpora orgánicamente lo político, lo social, lo étnico y lo cultural, es aquel que el autor sitúa en lo nacional, partiendo del axioma de que si bien una revolución divide violentamente a la sociedad, puede, a la vez, unificar a la nación. Este fenómeno se había observado en el pasado, por ejemplo, durante la guerra de independencia y la reforma, pero de acuerdo con Lepkowski fue mucho más trascendental durante la revolución mexicana. Los cambios en el plano de una conciencia nacional, el nacimiento de un moderno nacionalismo mexicano, la incorporación de la población india al conjunto nacional son los rasgos esenciales de las transformaciones que en este periodo justifican hablar de ella como de una

revolución nacional. Todos estos componentes hacen que, en la óptica de Lepkowski, la revolución mexicana se haya erigido en el ejemplo a seguir para los movimientos de liberación social y nacional en muchos países de América Latina, principalmente en América Central y el Caribe. Dado que a escala mundial el fenómeno del nacionalismo parece levantarse como fénix de sus cenizas y adquirir una fuerza inusitada y una violencia no sólo verbal, esta cuestión debería ser objeto de más estudio para aclarar sus manifestaciones y sus resortes más ocultos.

Resulta imposible en una breve reseña intentar resumir este libro erudito, en el mejor sentido de la palabra, y lleno de sugerentes ideas que invitan a discusiones más pormenorizadas de los especialistas. Para que esto se haga realidad, resulta imprescindible publicar cuanto antes la traducción en México de esta obra.

A título de conclusión, quisiera señalar la profunda y sincera reverencia por los valores mexicanos que brota en cada página del texto y que concluye con las últimas palabras del autor: "Los mexicanos, herederos de grandiosas culturas, eternamente creativos, lidiando con su dura y tormentosa historia, constituyen una nación aún joven, no petrificada en su particularidad ni en el benigno hastío de la prosperidad, siguen buscando nuevos valores en sí mismos y en los demás. Es una nación ambiciosa" (p. 483).

Jan PATULA DOBEK
Universidad Autónoma Metropolitana